



Algunos problemas recientes
de la traducción literaria al catalán

Lluís Maria Todó,
Universitat Pompeu Fabra, Barcelona.

Traducción literaria al catalán

Sin duda, la mayoría de ustedes ya sabe que durante los primeros años de la dictadura franquista se prohibió la edición de libros en catalán, una prohibición de la que sólo se salvaban, a veces, los libros de piedad. Más adelante, esta prohibición se fue flexibilizando y en los años sesenta empezó una lenta recuperación del mundo editorial en catalán. Desde el punto de vista que nos interesa aquí, que es el de las traducciones, lo importante es que entonces empezó también la traducción más o menos sistemática de literatura extranjera, sobre todo contemporánea, pues los grandes clásicos ya habían sido traducidos en su mayoría durante los años anteriores a la guerra civil. De esta época, los sesenta y primeros setenta arrancan con un malentendido y un problema en lo que respecta al catalán literario, que no solamente no se ha resuelto aún, sino que parece agravarse. Este tópico constituye el eje de mi reflexión ante ustedes.

Pero para situar el problema conviene retroceder un poco en el tiempo hasta situarnos en los años veinte o incluso antes, los años del auge del movimiento cultural que en Catalunya se conoce como el Noucentisme –que podríamos traducir como Novecentismo–. Fueron años de una espléndida creatividad en las letras catalanas, los años en que escribían genios de la categoría de Foix, Carles Riba o Josep Carner, quienes siguen siendo considerados entre los mejores poetas catalanes de todos los tiempos. De los tres grandes poetas que acabo de citar, dos fueron además traductores asiduos: Carner y Riba.

En los años veinte, Riba, Carner y otros escritores tradujeron profusamente a los clásicos universales: Riba a los grandes clásicos griegos y a Poe, Carner a La Fontaine, La Rochefoucauld, Dickens, Mark Twain y otros. Estos escritores-traductores se encontraron con un problema gravísimo: cómo trasladar a una lengua que acababa de renacer a la literatura, después de dos siglos de silencio, todo el caudal léxico, sintáctico, estilístico de los originales franceses, ingleses o alemanes. No es el objeto de mi intervención analizar la práctica traductora de Carner o de Riba, pero diré brevemente que para los traductores de los años del Noucentisme, la traducción se convirtió en una especie de laboratorio lingüístico en el que experimentaron con las posibilidades que ofrecía el catalán como lengua literaria. Y lo importante del caso, para mi explicación, es que, sin duda con la mejor intención y acaso atrapados en un malentendido que sólo ahora empieza a ser visible, adoptaron unas estrategias de traducción más focalizadas en la elaboración o el perfeccionamiento del catalán literario que en la estricta translación de los textos extranjeros a nuestra lengua. El problema es que, dado el prestigio imperecedero de estos traductores, dichas pautas fueron adoptadas como indiscutibles por muchos traductores posteriores. En nuestros días, estas estrategias de traducción nos parecen muy interesantes como experimentación sobre las posibilidades expresivas del catalán literario, pero mucho más discutibles desde un punto de vista estrictamente traductológico. No me extenderé sobre este punto, pero sí diré que, por ejemplo, en las traducciones de Carner detectamos actualmente una confusión innegable en los registros, con una tendencia constante hacia los registros más ele-

vados y formales, aun en los casos en que el original usa los registros coloquiales o familiares. Otra característica que se ha detectado en las traducciones carnerianas es un abuso de la sinonimia: allí donde el original inglés o francés repite palabras, el traductor usa sinónimos, como si quisiera demostrar, o acaso demostrarse, la riqueza léxica del catalán.

Regresando al punto de donde partimos, los años sesenta, debemos enunciar que es tanto –y tan justificado– el prestigio que emana de aquellos años del Noucentisme, sin duda alguna el Siglo de Oro de las letras catalanas, por lo menos después de la Edad media, que aquellas pautas traductoras de Carner y sus compañeros de generación fueron admiradas sin reserva ni crítica, y aceptadas como, si no la única, al menos sí la mejor manera de traducir literatura al catalán. El problema es que habían cambiado los tiempos, los hombres y los libros. Quiero decir que ni los émulos de Carner eran Carner, ni el público lector era el mismo en 1920 que en 1965, ni es lo mismo traducir a Dickens que a Raymond Chandler, pongamos por caso.

En el caso de los traductores, digamos que el genio lingüístico de Josep Carner, que fue inconmensurable, pudo salvar los escollos de aquellas estrategias traductoras equivocadas que citaba hace un momento y, actualmente, los Dickens de Carner pueden parecernos deficientes como traducciones de Dickens, pero sin duda magistrales como textos de Carner. En cambio, estas mismas estrategias, adoptadas por traductores que ya no tenían el genio del maestro llegaron a dar resultados lamentables.

Por otra parte, en los años sesenta, el público lector de literatura traducida al catalán había crecido notablemente, y la política empresarial de las editoriales catalanas empezaba a tender a la normalidad. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en aquellos años, comprar y leer libros en catalán significaba todavía un acto de resistencia contra la dictadura franquista y de fe en la continuidad de nuestra cultura. Quiero decir con ello que muchas veces contaba más la mera existencia de un clásico traducido recientemente al catalán que la posible calidad de dicha traducción.

Un tercer factor que hay que tener en cuenta al hablar de las traducciones de estos años sesenta y setenta es el que insinuaba hace un momento: en estos años, en aras de la universalización de la cultura catalana, se empezaron a traducir textos pertenecientes a la cultura llamada popular, como por ejemplo los cómics de Tintín o las novelas policíacas de la colección La Cua de Palla. Pues bien, lo curioso del caso es que, tal vez porque aquellas connotaciones políticas a que me refería hace un momento pasaban por encima de cualquier otra consideración, y sin duda también por el perenne prestigio del catalán literario forjado en los talleres del Noucentisme, lo cierto es que muchas de las traducciones de los años sesenta y setenta, incluso las de textos escritos originalmente en un registro más o menos informal, como la llamada novela negra, adoptan un modelo de lengua hiperliterario, enfático y, en el peor de los casos, afectado de rigidez y de hipercorrección.

Pasaron los años, murió el dictador y Cataluña recuperó sus instituciones democráticas y de autogobierno, y hubo que pensar en un modelo de lengua que

fuera apto para las necesidades que traían los nuevos tiempos, un catalán que sirviera para transmitir por radio o televisión un partido de fútbol, para doblar películas del oeste o de gánsters, para reseñar una exposición de pintura, y también para ser enseñado en las escuelas y a los adultos que necesitaban el catalán para su vida profesional. El sentido práctico que suele atribuirse a los catalanes pasó por encima de las polémicas, a veces muy agrias, que se produjeron en un primer momento entre los partidarios de un modelo de lengua más cercano a la tradición literaria y los que defendían un catalán más próximo al uso de los hablantes actuales.

Pero los nuevos tiempos también trajeron nuevos problemas, y quiero hablar de algunos de los conflictos con que se enfrentan –nos enfrentamos– los traductores literarios al catalán en este fin de siglo y de milenio. Para empezar, hay que tener en cuenta que, a consecuencia de la fuerte inmigración que se produjo en los años sesenta, procedente sobre todo de Andalucía, Murcia y Extremadura, actualmente el catalán sólo es la lengua materna de aproximadamente la mitad de la población de Cataluña, pero la enseñanza obligatoria en catalán, así como la radio y la televisión en dicha lengua han creado un nuevo público capaz de comprender perfectamente el catalán, pero que no lo usa de manera espontánea en el ámbito privado. Y los editores y responsables de los medios de comunicación en general tienen que tener en cuenta este nuevo público, que constituye una parte importante, cada vez más importante, de la población. Se trata mayormente de jóvenes o de adultos que han aprendido recientemente el catalán, cuyo conocimiento es obligatorio para ejercer muchos cargos, incluidos los de funcionarios de la administración pública. Este fenómeno, que es cada día más importante sobre todo en las grandes ciudades y su área metropolitana, influye doblemente en la lengua: por una parte, esta población neocatalana, por así decir, es consumidora de libros, radio, prensa y televisión, y su competencia lingüística debe tenerse en cuenta cuando se trata de decidirse por un modelo de lengua para los medios de comunicación. Pero esta franja de población también influye de manera más directa en la evolución del catalán contemporáneo: muchos de estos ciudadanos y ciudadanas que tienen o tuvieron el castellano como lengua materna y aprendieron el catalán de adultos son actualmente maestros, profesores de enseñanza media, periodistas o traductores. Y aunque por nada en el mundo quisiera caer en una visión esencialista, que acabaría siendo racista y fascista, de la lengua, nadie podrá negar que no se maneja de igual modo la lengua materna que otra que se haya aprendido de adulto. Así está apareciendo, ha aparecido ya en Cataluña, una lengua que poco tiene que ver con la que escribieron y hablaron los catalanoparlantes de hace cincuenta o setenta años. Es una lengua perfectamente funcional, reconocida como propia por una gran parte de la población catalana, muy bien adaptada a los nuevos usos –radio, televisión, primeros niveles de la enseñanza–, pero que plantea serios problemas a los traductores literarios al catalán, con lo cual entro en el núcleo y también parte final de mi exposición.

Los traductores literarios al catalán nos encontramos actualmente entre dos fuegos, como suele decirse: por una parte, tenemos esta lengua de los medios de

comunicación y de la enseñanza, que no podemos dejar de percibir como una lengua algo degradada, o por lo menos mestiza, por usar una palabra a la moda. Es la que conocen y usan en sus escritos los estudiantes que llegan a la universidad, la lengua de los medios de comunicación, probablemente es la lengua del futuro, pero difícilmente pueda servirnos para traducir obras de la literatura clásica universal, sobre todo, aquellas anteriores a la Segunda Guerra Mundial, muchas de las cuales todavía han de ser traducidas, o a veces traducidas de nuevo, al catalán.

En el otro extremo, tenemos lo que podríamos llamar la modalidad neonovecentista de la lengua escrita. Se trata sin duda de lo que Roland Barthes llamó una "escritura", es decir un cuerpo de restricciones, tabúes y preferencias, que se sitúan más allá del código lingüístico y también del estilo individual, y que vienen a representar una postura ideológica que el escritor quiere exhibir en sus textos. En este caso, se trataría, como es fácil adivinar, de una ideología nacionalista. El problema es que el nacionalismo catalán, que en los años de la resistencia antifranquista era asumido de forma casi unánime por la población, por lo menos por la población consumidora de cultura catalana, actualmente no deja de ser una opción política entre muchas otras posibles. Y para agravar el problema, digamos que esta modalidad lingüística que hace un momento llamaba neonovecentista, además de estar excesivamente connotada ideológicamente, es cada vez menos inteligible para amplios sectores de la población catalana, aunque algunos traductores y escritores se empeñen en usarla.

Es posible que la lengua catalana se encuentre en uno de los momentos más críticos de su historia, por mucho que las encuestas que nos ofrece la prensa periódicamente se muestren cada vez más optimistas sobre el crecimiento del uso de nuestra lengua. Incluso de vez en cuando, aparecen estudios de sociolingüistas en los que se pronostica el fin más o menos próximo del catalán como lengua viva.

Los traductores, sobre todo los traductores literarios, y todavía más los traductores especializados en versiones de clásicos, sabemos que tenemos ante nosotros un reto de considerable dificultad: el de elaborar una lengua que podríamos llamar postnovecentista. Una lengua culta, flexible, rica, capaz de transmitir todos los matices de pensamiento y de sensación que encontramos en los grandes escritores, pero que también sea comprensible para un público que cada vez se siente más ajeno a la prosa catalana en la que escribieron sus traducciones Carner o Riba. Los escritores y traductores en catalán, como los de todas las lenguas minoritarias, siempre hemos sido un poquito más que escritores y traductores, siempre ha habido en nuestra profesión un suplemento de dimensión social que no siempre es fácil asumir, pero que es inútil ignorar. Ahora, se trata de confirmar si los traductores literarios al catalán de este fin de siglo sabremos estar a la altura de las circunstancias.